

CAPÍTULO I

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

1.1. Orígenes del bomberismo en el mundo

Si bien este libro trata sobre la historia del Cuerpo de Bomberos del Perú, sirvan estas primeras líneas, amable lector mío, para ilustrar acerca del origen y evolución del bomberismo en el mundo antiguo y moderno. Valgan verdades, las técnicas para combatir fuegos, las primeras bombas a brazo, los equipos y materiales contra incendio e incluso las prendas de uso bomberil no han sido de invención peruana, todo vino de afuera y aquí se aplicó y adecuó a nuestras necesidades. He aquí esa historia.

No resulta exagerado afirmar que la historia del combate del fuego por el hombre es tan antigua como la humanidad misma, si se parte del principio que el hombre tomó conocimiento del fuego a través de la naturaleza y sus fenómenos, tales como el rayo, la combustión espontánea o los volcanes en erupción. El fuego, que una vez producido y debidamente controlado era el amigo más fiel del hombre, se volvía en peligroso enemigo que destruía sus hogares, sus utensilios de labranza y sus siembras, cuando el descuido permitía que se extendiese fuera del control humano. En la misma forma que la naturaleza le enseñó al hombre qué era el fuego y los daños que podía ocasionar, le enseñó también cómo extinguirlo.

El hombre de la prehistoria observó cómo el agua, que caía en forma de lluvia, apagaba el fuego ocasionado por el rayo o el volcán. Así, a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo, el agua siempre ha sido el principal medio para extinguir incendios. Es interesante apreciar cómo el agua ha mantenido su supremacía en cuanto a agentes para la extinción de incendios, a pesar de los innumerables esfuerzos hechos por el hombre para buscarle sustituto.

Prácticamente, el progreso alcanzado en la técnica de apagar fuegos, desde las más remotas épocas de la historia antigua hasta nuestros días, se ha basado en la búsqueda de desarrollar e inventar maneras de obtener y almacenar mayores volúmenes de agua y lanzarla en forma de chorro para eliminar el elemento calor por enfriamiento, la forma más efectiva para extinguir un incendio. A medida que la civilización se desarrollaba, los edificios ganaron altura. Los pueblos se convirtieron en ciudades y los primitivos cubos de cuero resultaban ineficaces. Es ahí cuando comienza la apasionante historia de la transición desde el humilde cubo hasta las técnicas más sofisticadas de arrojar agua a presión.

1.1.1. Grecia y Roma

La historia de los cuerpos de bomberos debidamente organizados se remonta a los tiempos en que las antiguas civilizaciones de Grecia y Roma estaban en todo el apogeo de su esplendor, varios siglos antes de la era cristiana. Lentamente estas organizaciones fueron desarrollándose, mejorando en cuanto a técnica se refiere, alcanzando un alto grado de eficiencia durante el primer siglo D.C. en la ciudad de Roma.

Por aquella época, Roma tenía un cuerpo de bomberos que contaba con 7,000 miembros que luchaban contra las llamas, utilizando medios y técnicas relativamente eficaces.

Muy poco se sabe de los cuerpos de bomberos durante el período comprendido entre los siglos III al X de la Edad Media. Como casi todas las ciencias y las artes, la ciencia de combatir incendios cayó en la oscuridad del olvido poco después del colapso del Imperio Romano, para resurgir de nuevo en el esplendor del Renacimiento, a mediados del siglo XIV.

Las modernas máquinas que hoy vemos pasar raudas por las avenidas de las grandes ciudades en el mundo entero, son en realidad las versiones ampliadas y mejoradas de las máquinas, llamadas siphona, inventadas cuatro siglos a.c. por Ctesibius, ingenioso griego nacido en Alejandría, y por otro, no menos ingenioso griego llamado Herón, quien en el año 200 a.c. inventó un aparato para extinguir incendios, cuyas características esenciales fueron usadas hasta dos mil años más tarde.

Con anterioridad a Ctesibius y a Herón, no se conoce ningún aparato hecho de los intestinos y de la bolsa del estómago de los bueyes. Los intestinos eran usados como mangueras, mientras el estómago o un saco de lona servían de tanque o recipiente. Al operarse tan rústico sistema, se llenaba de agua el saco y se llevaba hasta el lugar del incendio; los intestinos se estiraban hasta alcanzar el edificio en llamas y varios hombres hacían presión sobre el saco obligando al agua a pasar a través de las mangueras hasta el fuego.

Más tarde aparece la “jeringa”, que consistía de un cilindro y un pistón para imprimir presión. En un extremo del cilindro se ajustaba un “reducidor”. Se llenaba el cilindro de agua y haciendo presión con el pistón se obligaba al agua a salir con relativa fuerza. Este tipo de “extintor” se usó en Roma allá por el año 300 a. c. y estaba en uso en Inglaterra para fines del siglo XII.

Al principio, estos aparatos para extinguir incendios eran manipulados por voluntarios que generosamente cooperaban en los momentos trágicos de un incendio. Cuando se le propuso a Trajano, gobernador de una provincia romana, que un cuerpo de bomberos voluntarios fuera organizado, se opuso tenazmente. Insistía en que un grupo de hombres trabajando voluntariamente traería grandes contratiempos, ya que sin importar como se les llamase o como estuvieran organizados, no faltarían divisiones entre ellos mismos y la formación de grupos o facciones. En vez de un grupo de bomberos voluntarios, Trajano sugirió que el gobierno proveyese de “máquinas de extinguir incendios”, y que los dueños de las casas ardiendo y “todo aquel cuya casa estuviese en peligro” fuesen obligados a operar dichas máquinas.

Revisando la historia, encontramos que el primer cuerpo de bomberos, cuya organización le acredita para llamarse como tal, funcionó en Roma durante el primer siglo a. c. y fue organizado por el Emperador Augusto César y se componía de 600 esclavos a los que se les llamaba “vigiles”. Este sistema de “esclavos bomberos” funcionó hasta seis años después de Cristo, cuando Augusto César reorganizó su cuerpo de bomberos creando una organización bien entrenada, más a tono con las necesidades y el prestigio de Roma que era la capital del mundo en aquella época.

Este cuerpo estaba integrado por 10,000 bomberos (esclavos libertados o ciudadanos) y, aunque se seguían llamando “vigiles”, eran miembros de una organización cuasi militar, con divisiones y sub divisiones, similares a las del ejército romano; cada división estaba a cargo de una demarcación o zona establecida divididas en diez cohortes, (Compañías de Bomberos), urbanas. Al comienzo, estas cohortes fueron establecidas en residencias privadas, pero más tarde fueron dotadas de edificios propios, (cuarteles), que podrían describirse como palaciegos por su lujo, comodidad y tamaño.

Cada cohorte tenía dos siphonas, escaleras, escobas de metal, picotas, mallas, palas, hachas y cubos hechos de soguillas fuertemente tejidas y entrelazadas.

El personal del emperador Augusto César tenía distintos rangos jerárquicos entre sus jefes, incluyendo un Prefecto, un Sub Prefecto, diez tribunos, cien centuriones y un número indeterminado de bomberos de diferentes clasificaciones de acuerdo con las tareas asignadas en la escena del incendio. Los bomberos romanos recibían paga y una pensión al retirarse después de 26 años de servicio. Estos bomberos eran una suerte de policías y bomberos a la vez, ya que portaban varas y macanas para castigar a aquellos que entorpecieran sus labores.

Roma se constituyó entonces en la cuna del bomberismo mundial.

1.1.2 Siglos XV a XX

No hay evidencia en la historia que nos indique que durante los siglos XII a XIII de la Edad Media, los pueblos se preocupasen por su seguridad en combatir incendios. Pero ya en el año 1460, la ciudad de Francfort del Meno en Alemania tenía leyes para proveer protección contra incendios y en 1518 estaban en uso en la ciudad de Augsburg distintos instrumentos y aparatos para combatir incendios. Gaspar Schott, sacerdote jesuita, escribió descripciones de las máquinas contra incendios en la ciudad de Konishofen en el año 1617 y con lujo de detalles describe la “monumental” bomba construida por John Jautsch en Nuremberg en 1657.

De los países europeos fue Alemania el que más adelantó en los métodos para extinguir incendios, al construir la primera bomba de mano que consistía en un recipiente bastante grande, (cisterna), montado en correderas con un pistón en el centro. Tres hombres eran necesarios para su operación además de

aquellos encargados de mantener lleno de agua el recipiente. Las palancas del pistón estaban fijadas a una pieza horizontal, las que se manipulaban subiendo y bajando, acción que ponía en funcionamiento el pistón y el agua era lanzada a presión por el pistón, cuya forma semejava el cuello de un ganso.

Al finalizar el siglo XVI, encontramos que los grandes recipientes de agua, con sus pistones, balancines y pisteros, han sido montados en ruedas de madera y eran más fuertes. Un nuevo sistema había sido inventado y funcionaba sobre una unión universal que podía moverse en distintas direcciones.

Durante el año 1699, París contaba con 17 aparatos contra incendios llamados “bomberos”, pero ya para el año 1712 la capital francesa contaba con 30 de ellos, distribuidos en distintas zonas de la ciudad. Es probable que dichas bombas hayan sido similares a las que nueve años más tarde, en 1721, importara de Londres la ciudad de New York.

Para ese entonces se había realizado un experimento de mayor beneficio al agregar a la bomba una cámara de aire, dentro de la cual el aire comprimido expelía el agua en forma de un chorro continuo. En Londres, se intensificó la organización científica y técnica de los cuerpos de bomberos. El desarrollo de estas organizaciones estaba estrechamente ligado al negocio de los seguros contra incendio. A finales del siglo XVII, varias compañías de seguros fueron fundadas en la ciudad de Londres y todas ofrecían como incentivo para sus negociaciones la protección de las propiedades aseguradas por ellas por bomberos pertenecientes a las compañías de seguros.

Cada aseguradora tenía su propia brigada de bomberos rentados para proteger las edificaciones por ellas aseguradas, por la sencilla y comprensible razón de que mientras menos propiedad asegurada se incendiase, menor dinero tendría que pagar y mayores serían los beneficios de la compañía de seguros.

En el año 1748, un ingeniero inglés, Richard Newsham desarrolló y perfeccionó la primera de las modernas bombas de mano. Fue este el primer aparato con los balancines convenientemente montados de manera tal que varios hombres pudieran operarla, aumentando su fuerza y su presión. La altura del chorro lanzado por la máquina Newsham era de 60 pies.

Mientras los europeos luchaban por mejorar los sistemas de extinguir incendios, los Estados Unidos de América, un pueblo nuevo para aquella época, también sentía, lamentaba y sufría los estragos de los incendios y conflagraciones. Apuntes dignos de crédito demuestran que el año 1648, la ciudad de New York, conocida entonces como New Amsterdam, ordenó a Holanda un cargamento de escaleras, garfios y cubos de cuero. En el año 1731, dos máquinas construidas por Newsham fueron importadas de Londres y arribaron a New York el 1 de diciembre de 1731. Es muy probable que estas hayan sido las primeras máquinas de extinguir incendios usadas en el nuevo mundo.

La primera máquina contra incendios construida en los Estados Unidos de América fue diseñada y construida por Anthony Nichols en la ciudad de Philadelphia, en el año 1732. Un año más tarde, los hermanos Thomas y José Hill construyeron la segunda en Boston. Las mejoras más importantes introducidas al equipo de combatir incendios ocurrieron en 1832, cuando toda la ciencia fue revolucionada con un equipo capaz de succionar agua de un recipiente.

Mientras tanto, en Europa ocurría otra revolución. En la ciudad de Amsterdam, Holanda, en 1672 desarrollaron una nueva técnica y equipo que, desde la fecha de su creación, ha sido la piedra angular de todo cuerpo de bomberos en el mundo entero: la primera manguera para extinguir incendios había sido inventada. Muy parecida a las mangueras de actual uso, esta estaba confeccionada de cuero y en tramos de cincuenta pies cada uno, con uniones de bronce en ambos extremos. El invento de las mangueras puso fin a la época de los cubos de cuero. Ya no había necesidad de exponer las vidas de los bomberos, así como de los equipos, ya que con este nuevo sistema las máquinas podían ubicarse a mayor distancia del fuego y evitar, así, que los bomberos fueran víctimas de las llamas.

Es sorprendente notar la lentitud con que se generalizó el uso de las mangueras de cuero en América. Fue hasta el año 1811, o sea 139 años más tarde, que la primera manguera de cuero fue fabricada en Estados Unidos de Norteamérica, en la ciudad de Philadelphia por A. L. Pennock y James Sellers. Estos mismos inventores perfeccionaron en el año 1822 la “máquina de apagar fuego” en el estado de Rhode Island y constituyó uno de los acontecimientos más comentados por los periodistas de la época.

Desde ese día todas las máquinas fueron construidas con bombas capaces de succionar agua y con estas surgió la era romántica de la historia de los bomberos.

En el año 1829 en la ciudad de Londres, el famoso ingeniero George Brathwaite inventó “la máquina de vapor”. El invento tuvo la ayuda del Capitán John Ericsson, quien más tarde se cubriría de gloria y fama al construir el barco Monitor, que tan prominente sitio ocupara en la Guerra Civil en los Estados Unidos.

La primera bomba de vapor pesaba doce toneladas y media y tenía un motor capaz de desarrollar diez caballos de fuerza y lanzar 250 galones de agua por minuto. La bomba de vapor realmente era muy poco manuable y pronto cayó en desuso. En el año 1832 Brathwaite construyó otra de estas máquinas para la ciudad de Berlín, pero tampoco tuvo éxito. Debido a lo enorme de su peso, las máquinas de vapor eran tiradas por dos fuertes caballos. Estos caballos iban siempre acompañados de un perro de raza Dálmata, dado que esta raza congeniaba muy bien con los equinos; por ello, hasta nuestros días y pese a que ya no se utiliza a estos nobles cuadrúpedos para el servicio contra incendios, se mantiene la tradición de tener como mascota un perro Dálmata en los cuarteles de bomberos en muchos países.

Así, para mediados del siglo XIX, el mayor problema para los bomberos de entonces era el excesivo peso de las máquinas a vapor; sin embargo, había quedado demostrado que estas máquinas eran superiores a las accionadas a mano.

En la historia de los cuerpos de bomberos encontramos que hay tres innovaciones que pueden considerarse como pasos revolucionarios en la técnica de extinguir incendios. Primero, la bomba de succionar inventada en 1822; segundo, la bomba de vapor, perfeccionada en 1852, y tercero, las máquinas movidas por motor y que hicieron su aparición en 1903. Las autobombas o camiones cisternas ingresaron en nuestra historia entre 1903 y 1908. Fueron las primeras unidades montadas en “chasis”, (consistiendo su unidad de bombeo en bombas rotatorias.) Este tipo predominó hasta 1930, en que las bombas centrífugas empezaron a ganar popularidad.

Fue un humilde y laborioso bombero, Daniel D. Hayes, de San Francisco, California; a quien le tocó, en 1868, la gloria de haber inventado el primer camión de escaleras mecánicas. Desde esa fecha en adelante, distintos tipos de escaleras han sido introducidos, así como se han variado las formas y métodos de subirlas y bajarlas. A tal grado ha llegado la técnica que en la actualidad, un solo bombero puede mover a su antojo, a través de manecillas y controles electrónicos, una escala telescópica para alcanzar más de 30 metros de altura, colocándose convenientemente en techos y ventanas antes inalcanzables.

El primer extintor de soda y ácido fue inventado en Londres en 1860. Al comienzo, eran aparatos muy complicados y de difícil manejo. Más tarde, se simplificaron al reducirse en tamaño y perfeccionarse los agentes químicos extintores. En el año 1908, fue inventado el extintor de tetracloruro de carbono, el que demostró gran efectividad en fuegos en motores eléctricos. En 1915, en la Estación Naval de Brooklyn, New York, se realizaron las primeras pruebas con el tan conocido extintor de espuma que, con el tiempo, llegó a ser uno de los más populares y de los más utilizados por los cuerpos de bomberos.

Los métodos para combatir incendios han variado al compás de los cambios en los equipos y materiales. Hasta el año 1910, la técnica de ventilación en un edificio en llamas no se utilizaba. Sin embargo, hoy en día, se da gran atención a este método de extracción de humos que disminuye la temperatura dentro del edificio y aligera los peligrosos gases producidos por el incendio.

Con el correr de los años y el crecimiento de las ciudades, los cuerpos de bomberos han ido tecnificándose, organizándose y multiplicándose con el ingenio de sus pioneros, hasta conformar verdaderas instituciones benéficas, guardianes del vecindario, defensores de la vida y de la propiedad pública y privada. En algunos países, estas instituciones se convirtieron en rentadas, en otros mixtas, rentadas y voluntarios, y, en muy pocos países, solamente cuerpos de bomberos voluntarios como por ejemplo en Perú y Chile.

En el año 1994, durante la Conferencia Internacional de Bomberos realizada en la ciudad de Hannover - Alemania, se publicó un documento titulado “*Los Cuerpos de Bomberos en Europa y otros Continentes*”, donde se da a conocer la cantidad de bomberos, (voluntarios y rentados), que había entonces en el mundo.

Las estadísticas señalaron que, solamente en los Estados Unidos de Norteamérica en 1994, había 1'025,650 bomberos, de los cuales 772,650 eran voluntarios, vale decir, representaban el 75.33%, siendo la cifra total de bomberos en el ámbito mundial de 3'104,509, de los cuales, 1'064,927.82 eran voluntarios, representando un 34.30% versus un 65.70% de bomberos rentados. Sin embargo, al cierre de este año 2000 esta figura se ha revertido, ya que las estadísticas muestran que del total de bomberos en el mundo, el 60% es voluntario, contra un 40% de bomberos rentados.

La historia de los cuerpos de bomberos, así como de los métodos para combatir el fuego nunca estará completa: forma parte de la historia del mundo y cada día tratará nuevas versiones y capítulos. Así como han pasado siglos desde que Augusto César organizó el primer cuerpo de bomberos en Roma y durante años los bomberos han tratado de progresar, con poca agua y mucha fe, así pasarán muchos años más, siempre con el empeño del progreso.

Continuar escribiendo sobre la historia del bomberismo mundial sería interminable. Es un tema que tiene hondas raíces en el tiempo y su iniciación está en lo más profundo de la historia de la humanidad. El bomberismo ocupa su lugar en la historia de los pueblos del mundo. La historia moderna se convertirá con los años en antigua y mientras más lejana sea ésta, más romántica nos parecerá.

Primeros intentos en el Perú

En el Perú, la necesidad de combatir incendios se inicia en el año 1772, cuando aun éramos colonia de España. Fue el Gobernador de estos reinos, el Virrey Don Manuel de Amat y Juniet quien creó por su "*Auto de Buen Gobierno*" la primera organización de Bomberos, la que se fundó el 2 de enero de 1772. Pero esta y muchas otras entidades que se crearon después tuvieron una vida efímera y desaparecieron al poco tiempo.

La creada por el Virrey de Amat la integraban carpinteros, carroceros y albañiles que al toque de las campanas de los templos y vecinos, acudían presurosos con sus respectivas herramientas y comitivas de oficiales y aprendices para cortar el fuego. Esta misión fue más tarde encomendada a los "aguadores", que era el gremio encargado de proveer de agua a las nacientes casas de la ciudad de Lima.

En la obra *Capitales de América* cuyo autor es el señor José G. Clavero, se registra que, en el año 1810, cuando era Virrey José Fernando de Abascal y Souza, Caballero de Santiago, existió la **Compañía de Bomberos Morenos Libres**, capitaneada por el señor Ignacio Molina y acantonada en el Castillo del Sol en el Callao, esta sofocó el incendio de la Casa del Contador General de la Aduana, don Francisco María Pizarro, descendiente del Señor Marqués de la Chascas, situada en la Plaza de los Pescadores, hoy Plaza Matriz del Callao. Fue tal la magnitud de este incendio que de la capital acudieron en sus calesas las autoridades virreinales.

En cuanto a la existencia de bombas contra incendios en el país existen diversas versiones. Una de ellas se refiere a que el 23 de julio de 1816 empezó a funcionar en Cerro de Pasco una de las cuatro bombas a vapor traídas de Inglaterra para desaguar las minas. Otra versión dice que en el mismo año se adquirió una bomba para la mina Yauricocha.

También se sabe que, con fecha 3 de diciembre del año 1823, ya declarada la independencia nacional, se dispuso la creación de depósitos para almacenar lampas, picos, escaleras y baldes para utilizarlos en caso de incendios; así llegamos hasta el año 1839 - año de promulgación de la quinta Constitución Política del Estado Peruano - en que el 11 de noviembre de aquel año el Mariscal Gamarra dictó un Reglamento de Policía, que fue refrendado por el Ministro Benito Lazo; en el cual se facultaba para prohibir todo aquello que pudiera dar lugar a incendios, dadas las dificultades que había para la extinción de ellos. Este Reglamento tenía un sentido preventivo.

En dicho reglamento se fijaban multas a aquellos que fueran sorprendidos tirando cohetes de día o de noche, se imponían severas sanciones con respecto al mal uso de las fraguas y hornos de fundición que existían en la ciudad, se vigilaba la limpieza de las chimeneas, estableciéndose que en las casas particulares se haría inspecciones anuales y en los establecimientos comerciales como las panaderías, pastelerías, fondas, etc., se haría cada tres meses. Se pretendía evitar, de esta forma, hasta donde fuera posible, que se produjeran incendios.

Para estimular a que los vecinos contribuyeran a prestar sus servicios en caso de siniestros o inundaciones, se señaló la siguiente disposición en el Art. 104 del citado Reglamento, que decía:

“Para auxiliar al Intendente de Policía y sus subalternos a cortar o apagar un incendio o contener una inundación, están obligados los carpinteros, herreros, albañiles y aguadores a concurrir con sus instrumentos de oficio, y a tener los pulperos y bodegueros, una escalera, dos barretas y dos baldes de cuero a disposición de la Policía, que serán responsables de devolverlos luego que acaben de utilizarlos”.

Tales eran los implementos con que se contaba en el año 1839 para combatir incendios. Según uno de nuestros mejores historiadores sobre el bomberismo nacional, J. Gustavo Mongrut, ex Comandante de la Compañía de Bomberos **Cosmopolita** N° 11 y comandante general del Cuerpo de Bomberos de Lima en 1946, en artículos escritos en el Diario Independiente **“Incendio”**, decía:

“Aun cuando en el Perú se afirma que el bomberismo nacional tiene más de cien años, tomando como punto de partida la creación de la Compañía Unión Chalaca en 1860, legítimamente corresponde afirmar que se supera largamente esta creencia, pues en 1845 ya existía en Lima un Cuerpo de Bomberos formado por el Gran Mariscal Ramón Castilla Marquesado, por Decreto Supremo del 7 de octubre del mismo año”.

Este apunte histórico tiene asidero en la información siguiente:

Establecida la República Peruana, fue el Gran Mariscal Ramón Castilla quien se preocupó en organizar lo necesario para combatir incendios. Cuando era Ministro de Gobierno Miguel del Carpio, con fecha 7 de octubre de 1845 se expidió una Resolución disponiendo que se organizara una Compañía de Bomberos sobre la base de la Intendencia de Policía, compuesta por 50 hombres a los que se les instruiría en las prácticas de apagar incendios. El 2 de octubre de 1847 se encargó a la Prefectura que formulara el Reglamento para el manejo de las bombas contra incendio.

En este tramo de la historia es preciso abrir un paréntesis para señalar que, en 1845, todavía no había ciudadanos que voluntariamente decidieran organizarse para luchar contra el fuego, vale decir, la misión bomberil voluntariamente impuesta aún no germinaba; esta empezó a gestarse a partir de 1855. En tal sentido, el Gran Mariscal Castilla decidió utilizar en 1845 a la Intendencia de Policía para conformar brigadas de lucha contra incendios, teniendo presumiblemente en cuenta los siguientes factores: la disciplina, el orden y la verticalidad en el mando, características de fondo de cualquier Cuerpo de Policía en el mundo. De allí que, al fundarse las primeras compañías de bomberos voluntarios en el país, algunas de ellas auspiciadas por las Prefecturas Departamentales que estaban dirigidas por elementos castrenses, aquel mismo concepto de disciplina, orden y verticalidad en el mando fue “heredado” de aquella Policía y fue hecho suyo por los nacientes bomberos voluntarios. Por eso es que hasta nuestros días existe y se mantiene en el bomberismo voluntario peruano, así como en otros países del mundo, una estructura jerárquica bien definida y reglamentada, con cuadros de Oficiales Generales, Oficiales Superiores, Oficiales y Plana Menor que visten uniforme y tienen grados.

Los bomberos peruanos lucen distintivos de mando como galones, insignias, emblemas y otros, manteniendo un orden cerrado en las formaciones y con toda la parafernalia de banderas, estandartes, escoltas y saludo militar incluido.

Cerrado el paréntesis, se sabe que en la noche del 20 de setiembre de 1846, en Lima se produjo un pavoroso incendio en los portales de la Plaza de Armas de Lima y según versiones de la época - información gentilmente proporcionada por el Capitán CBP Roger Haro Bustamante - fue el propio Presidente de la República Gran Mariscal Ramón Castilla quien colaboró personalmente en la lucha contra el fuego. Y debido a los daños que este incendio causó, el Ministro de Gobierno, señor Manuel Pérez de Tudela, se dirigió el 23 de marzo de 1847 al Prior y Cónsules del Tribunal del Consulado, para que se contratara con la firma Rodrigo & Barreda dos bombas de gran poder que se sumarían a las tres que ya se habían contratado y que se encontraban en viaje.

Además de esta disposición, el 14 de abril de 1847 el Gobierno dispuso que el servicio de Bomberos se generalizara en toda la República, aprobándose la adquisición de 42 bombas, las que serían distribuidas según las condiciones de cada localidad. No se sabe si este plan llegó a cumplirse. Sin embargo, día a día se dejaba sentir la falta de elementos con qué combatir el fuego y la necesidad urgente de entrenar a cierto número de personas en el manejo de las herramientas disponibles en aquella época.



Existen versiones acerca de la existencia de la primera bomba, (bomba a brazos), que se remonta al año 1850, en que el Gobierno de Ramón Castilla la mandó traer con motivo del incendio de las bóvedas de la Aduana del Callao. Esta bomba estaba depositada en un almacén dentro de la Aduana, para ser utilizada por los peones de esta entidad estatal en caso de incendio en los depósitos de mercadería.

**Primera Bomba a Brazo
llegada al Perú - 1850**

Transcurren los años de 1850 hasta 1855 sin mayores datos, hasta que el 1 de octubre de 1855, la juventud del Callao, que era muy unida, organizó una asociación que la denominaron **Los Ferrusolas**.

¿Quiénes eran *Los Ferrusolas*? Como la duda sirve para ilustrar, don José Guerrero Oliveira decidió investigar la etimología de la palabra “*ferrusola*” y encontró que correspondía al apellido de un historiador jesuita del siglo XVIII.

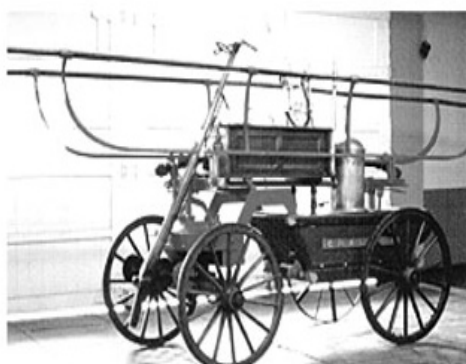
Quienes refieren que en 1855 existía en el Callao la **Sociedad Los Ferrusolas**, no han dejado señales claras acerca de su origen y de su índole institucional y su transformación en Compañía de Bomberos.

Lo cierto es que estos jóvenes de la Sociedad Ferrusolas, entusiasmados por el adelanto y progreso del Callao, dieron los primeros pasos para formar una Compañía de Bomberos en el puerto e hicieron las gestiones ante el Prefecto del Callao, General José María Raygada, para conseguir la bomba a brazos y fundar una Compañía de Bomberos.

Dicha autoridad encargó al Intendente de Policía del Callao, señor **Coronel Reyna**, la confección de un Reglamento para el funcionamiento de una Compañía de Ganchos, Hachas y Escalas, el mismo que fue elevado a conocimiento del Ministro de Gobierno y aprobado el 3 de noviembre de 1855 y designándose como Capitán al señor Guillermo Higginson; como 1º Teniente al señor Cristóbal Conroy; como 2º Teniente al señor Julio Robinet; como 3º Teniente al señor José María Pérez; como 4º Teniente al señor Carlos Freundt y para Tesorero al señor Guillermo Smith.

El Reglamento, que constaba de 10 títulos, fue el primero que se redactó en el país para la administración de una Compañía de Bomberos.

La citada Compañía cambió de nombre y adoptó el de **Compañía de Ganchos, Hachas y Escalas Reyna Nº 1**, en honor del gestor Intendente de Policía del Callao Coronel Reyna. Según referencias, esta Compañía **Reyna** inició sus actividades en el Callao el 18 de noviembre de 1855, vistiendo su personal uniforme de marinero y un original sombrero de cuero marrón.



Paralelamente a la creación de **Los Ferrusolas** (después, llamada *Reyna*) el señor José María Raygada, Prefecto del Callao, informó al Ministro de Gobierno de la formación de una segunda Compañía de Bomberos llamada **Los Playeros**, que tendría como Jefe al mismo Comandante de la *Reyna* con todos sus Oficiales.

Bomba a Brazo “Reyna”. Esta máquina actuó en el Combate del Dos de Mayo de 1866. Actualmente se exhibe en la Compañía de Bomberos Voluntarios Unión Chalaca del Callao.

En vista que la Compañía Reyna tenía 46 jóvenes bomberos para maniobrar una sola bomba a brazos, se concluyó que había demasiado personal para tan poco equipo, por lo que se solicitó otra bomba a brazos para *Los Playeros*.

La Compañía de Bomberos **Los Playeros** fue formada en paralelo a la Compañía *Reyna*, ambas por gestión del señor José María Raygada; sin embargo, por el poco amor que entonces le tuvieron sus miembros o por desidia de sus jefes y fundadores, *Los Playeros* no prosperaron institucionalmente, por lo que se disolvió en el año 1862 y tomó el nombre de **Bellavista**. La misma suerte corrió la Compañía de Bomberos **Reyna**, ya que en 1859 hubo una disensión por asuntos políticos y no prestó sus servicios en el terrible incendio que, a párrafo seguido, se describe:

Del corresponsal del diario *El Comercio*, en su N° 6675 del sábado 1 de diciembre de 1860, señaló textualmente lo siguiente:

***“El Callao ha sufrido el día de ayer una gravísima pérdida. Eran las 11 y algunos minutos cuando el continuo repique de la Campana del Resguardo, dio el primer aviso que un incendio se había declarado en el Callao. Todos los que oyeron acudieron presurosos; bien pronto se supo que el teatro de la desgracia era el molino a vapor de los señores Moller, Moore & Cía. ubicado en la calle de las Campanas, (Marco Polo), empresa establecida en este puerto cerca de un año. El incendio empezó hacia la parte interior y central del edificio, el cual, compuesto en su mayor parte de madera seca y resinosa, ardió como yesca, dejando apenas tiempo a los trabajadores que se hallaban en el segundo piso para ponerse a salvo y bajar a la calle con ayuda de una larga escalera de mano, que por fortuna, se encontraba allí. Fácil fue conocer desde el principio que el Molino estaba perdido del todo; si cuando se dio auxilio el fuego era vivo y pronto tomó mayores proporciones. Mientras tanto reinaba un completo desconcierto entre los individuos que se encargaron de traer la bomba de incendio depositada en el muelle; desorden natural en un lugar donde no hay establecida una Compañía de Bomberos.*”**

Los curiosos gritaban pidiendo agua para poder ayudar en algo después de haber agotado las de las cisternas inmediatas al lugar del suceso. El peligro de una desgracia mayor era inminente. El fuego, combatido de un modo tan raquítico tomaba incremento a grandes pasos, la harina, el afrecho, el trigo, el carbón y la madera ardían con la rapidez de la pólvora. A cada sople de la brisa, que amenazaba con refrescar, gruesas columnas de llamas se escapaban por las puertas y ventanas del segundo piso, iluminándolo todo con sus rojizos resplandores, mientras que el edificio entero estaba envuelto en una nube de espeso y negro humo.

Como llevamos dicho, el peligro era inminente para las fincas vecinas. La suntuosa casa del Sr. Higginson recibía todo el calor de las llamas empujadas hacia ese lado por el viento. Las paredes estaban caldeadas y despedían un calor insoportable.

Sobre el techo de los cuatro vastos almacenes recientemente comprados por el señor Bryce, dos de los cuales contienen enorme cantidad de brea, resina y alquitrán y otras materias inflamables, caían incesantemente millares de chispas.

El trigo y el carbón pertenecientes al Molino y situados entre éste y las fincas anteriores comenzaron a arder; mientras tanto la bomba de brazo no había logrado situarse convenientemente a pesar de los esfuerzos del segundo Comandante de Los Playeros, señor Pérez, quien la dirigía.

Fue este momento de suprema ansiedad, de terror y sentimiento, del cual difícil dar idea. No hay pluma capaz de pintar la expresión de impotencia pintada en el rostro enrojecido de los que presenciaban esta lúgubre escena.

La brisa cesó del todo. Las paredes superiores del edificio, minadas en sus bases, se conmovían como removidas por una mano poderosa y se desplomaron una tras otra, cayendo con gran ruido hacia el centro del incendio y levantando millares de chispas, algunas de las cuales llegaron a caer al mar por el lado de la calle del Comercio, (hoy Constitución), a cuatro cuadras de distancia.

La bomba a brazos, mientras tanto, había sido colocada en la cañería principal que pasa por la esquina llamada de la Viuda de Romero, y dirigida oportunamente extinguió el fuego que se había apoderado de un montón de sacos de trigo de que bien había unos 1200 fardos. Otra bomba enviada con mucha oportunidad por el Comandante del buque francés Thisbe, que en un principio hizo muy poco por la escasez de agua, comenzó a funcionar con gran éxito. Algunos particulares demolieron con sus manos, pues no tenían picos ni hachas, una pared de adobes y extinguieron el fuego que se había comunicado al carbón de piedra; mientras que los amigos de los señores Bryce y Higginson defendían sus fincas remojando las paredes y apagando cuidadosamente las brazas que caían de lo alto. No olvidemos decir que en el momento de mayor peligro, cuando todo el mundo daba por perdidas las dos fincas a que hemos aludido, es decir a la manzana entera que hubiera seguido bien pronto, cuando los vecinos se apresuraron a sacar a la calle los muebles de sus casas, cuando las mujeres se desmayaban y cuando los niños lanzaban agudos chillidos un nuevo incidente vino a sembrar el terror.

El caldero amenazaba estallar a cada instante y esto hacía echarse atrás a los más atrevidos, pero, afortunadamente la válvula principal saltó, dando salida al vapor que escapó con un ruido atronador.

Con las caídas de las paredes superiores y la falta de brisa, el fuego quedó reducido entre las cuatro paredes de cal y ladrillo que servían de base.

El fuego, allí encerrado como en un horno inmenso, fue combatido con éxito, lográndose que no se fundieran las principales piezas de metal de las maquinarias. El incendio se extinguió, mitad vencido y mitad por falta de alimento a las seis de la mañana, pero los escombros aún ardían y despedían mucho humo, cosa que tendrá que suceder por algún tiempo, pues la harina se quemaba lentamente y se apagaba con gran dificultad. Nos informan que a las cuatro de la mañana vino un tren de Lima conduciendo al Ministro de Gobierno y dos bombas destinadas a prestar ayuda. El Molino estaba asegurado en gran parte, y lo que no estaba ascendería a dieciséis mil o veinte mil pesos, según cálculos aproximados. No ha habido robos de consideración a pesar de haber efectos y muebles de valor profusamente sembrados en la calle.

Esto hace honor al pueblo. El señor Prefecto y el Sub Prefecto de la Provincia velaron personalmente por la conservación del orden. Esta desgracia es una de las más notables que ha sufrido la población, debe llamar la atención de la autoridad y hacerle tomar empeño en la formación de una Compañía de Bomberos, cuyos servicios son de la mayor necesidad”.

El Comercio, en su N° 6676 del lunes 3 de diciembre de 1860, siguió informando:

“Continúan ardiendo los escombros del Molino. El sábado en la noche hubo alguna alarma, a consecuencia de haber tomado las llamas mayor incremento, acudieron presurosos las autoridades y particulares y se trabajó hasta las

doce de la noche extinguiéndolo. El día domingo 2 se dejó ver nuevamente una humareda, que avivada por el viento, tomaron nuevamente las llamas un carácter amenazador, por lo cual, el General Freire, secundado por el Intendente tomó medidas enérgicas y oportunas.

No presentando ya apariencias de peligro el Molino, cesó el trabajo a eso de las nueve, tomando el Intendente la excelente medida de dejar adherida la manguera a la cañería principal para que esta remojará toda la noche los escombros. La catástrofe del viernes ha causado viva conmoción entre la juventud del Callao. Es esta la ocasión oportuna para que el Gobierno haga un noble servicio a la población, prestando su apoyo para el establecimiento de Compañías de Bomberos.

El desastroso incendio del Molino de los señores, Moller Moore & Cía. en el Callao, infundió gran pánico en la población, ya que a pesar de haber sido extinguido totalmente, los comentarios duraron varios días, lamentándose los pobladores del casi ningún auxilio brindado por las autoridades y del pésimo servicio de agua; tanto era así, que simples amagos se convertían en grandes e incontrolables incendios.”

El relato de este terrible incendio tiene como finalidad, además de describir las carencias de recursos humanos y de equipos idóneos para combatir el fuego por aquellos años, hacer comprender al lector que, de no haberse producido este siniestro, tal vez hubiera demorado, solo Dios sabe cuanto, la creación de las primeras Compañías de Bomberos voluntarios, cuya historia relato en el Capítulo II.

Con esta trágica experiencia, el 30 de diciembre de 1860, cuando era Presidente de la República el Gran Mariscal Ramón Castilla Marquesado, se creó en Lima una Compañía de Seguridad Pública sujeta a la disciplina castrense y bajo el control de la Intendencia de Policía, a cargo de celadores - bomberos que pernoctaban en el cuartel, (Guardia Nocturna). Se estableció un Reglamento de Compañía de Bomberos con 64° artículos y una planilla de haberes mensuales, vale decir, se trataba de personal rentado integrado por individuos de la Intendencia de Policía; no era personal voluntario.

El Sr. José Guerrero Oliveira, periodista, historiador y bombero de la *Italia* N° 2 del Callao, publicó el 20 de julio de 1961 un libro titulado *El Centenario Bomberil del Perú*, en el cual narra con conocimiento y mucha propiedad la historia del bomberismo nacional. Aquel libro de 155 páginas fue, tal vez por mucho tiempo, el único texto publicado, con derechos registrados de autor y depósito de ley, que se haya escrito sobre la evolución del bomberismo en el Perú.

Quien estas líneas escribe ha recopilado valiosa información acerca de las Compañías de Bomberos en el Perú, datos dispersos en periódicos, revistas, folletos, apuntes históricos, borradores manuscritos, fotografías y apollillados Libros de Partes y Archivo de Oficios recibidos y enviados de los siglos XIX y XX, que obran en poder de las Compañías de Bomberos centenarias de Lima y Callao, pero no había logrado - hasta hoy -, obtener aquel libro de gran valor histórico editado hace 40 años por don José Guerrero Oliveira.